

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre* (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*El invierno*, poesia, por don José Lamarque de Novoa.—*Deberes de la mujer*, (continuacion), por don Eusebio Blasco.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*La torre de los ratones*, (Traduccion), por Don Faustino Mendez Cabezola.—*Modas*, por Pamela.—*Explicacion y aplicacion del pliego de dibujos*, por Pamela.—LÁMINA.—Un pliego de dibujos.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXXV.

MME. HONORIA Á LA CONDESA.

Madrid, octubre de 18...

He recibido, estimada señora y amiga mía, su carta, y veo por ella que sufre mucho. ¡Dios mío! ¿Dónde, pues, está la felicidad, si V., tan noble, tan buena, dotada de tan admirable abnegacion, de tanta generosidad, ha padecido tanto toda su vida y hoy es tambien desgraciada?

Mas esperemos: hay un refran vulgar, pero verdadero y elocuente, como todos los refranes españoles, que dice:—*Dios aprieta, pero no ahoga*:—nosotros podemos esperar en su bondad paternal y decir:—*Tras de la tempestad, viene siempre la calma*.

No es, á mi ver, una gran desgracia el que Clara no se case con el marqués de Montemar: desprendiéndose del vulgar *¿qué dirán?* no hay, en que se haya malogrado esta boda, ningun inconveniente: estoy segura de que Clara, al lado de ese niño presuntuoso, hubiera sido muy infeliz: vale mas que él, lo que hubiera sido una

AÑO. I.—NÚM. 41.

gran desgracia para su vida conyugal: en el matrimonio es preciso que el hombre tenga una superioridad, cualquiera que sea: si la esposa está dotada de mas talento, es preciso que sea su marido tan bueno que se vea obligada á admirarle por su misma generosidad y por la bondad de su alma.

Nada hubiera podido llenar el vacío de la vida en nuestra pobre Clara: la venda, que no el amor, sino la ilusion, ciñó á sus ojos, hubiera caido muy en breve: nada le quedaba para consolarse, nada! Demasiado grave para ocuparse de frivolidades, no se hubiera consolado con los goces de la vanidad; porque hay mujeres que perdonan á sus esposos todos sus extravíos por un vestido mas: que les persiguen en sus desórdenes, y gritan, y les amenazan con el escándalo de sus ruidosas quejas, y luego se apaciguan ante un aderezo de perlas: pero Clara no se hubiera contentado con ninguna gala, con ningun capricho satisfecho: hubiera vivido sola, aislada, devorando su dolor, y sin quejarse á nadie de la horrible desgracia que la hubiera envuelto como un sudario.

Porque ese hombre sin talento, sin las nobles prendas que son precisas en un esposo, sin conocer el mundo, se hubiera entregado á todas las mezquindades de la sociedad, á todos los goces posibles y aun á todos los desórdenes con la avidez de un sediento: tiene veinte años, y muy poco corazon, para que no le gusten y le seduzcan todas las farsas y todos los desórdenes.

¿Qué ha perdido, pues, Clara con semejante esposo? nada, y ella será la primera en conocerlo, así que otro hombre, mas digno de ella, le hable con ese lenguaje misterioso que se llama amor: ¡sí, señora Condesa! La pena de V. puede consolarse con la certeza de que su hija ha conquistado su tranquilidad y su dicha con el rompimiento de ese enlace: la herida de Clara, de esa niña altiva y hasta poco hace casi indómita, sangrará hasta que haya otro hombre que pida su mano: sea este el que sea, lo aceptará,

estoy segura de ello: es preciso, pues, que se le acerque uno pronto, y que este sea digno, grave, tierno, de una clase igual á la suya y capaz de hacerla dichosa... es empresa difícil lograrlo... lo sé... y sin embargo, no desconfío...

Pero debo ya callar: tengo un secreto, mi amada señora, que no le confío por hoy... solo le diré una cosa: vislumbro aun lejos de nosotros un esposo para Clara! Hace poco tiempo que escribía yo á Clara:—«Un solo hombre conozco.... uno solo.... que haría de V. una mujer modelo»:—Pues bien, señora Condesa, ese hombre existe.... es libre, y puede casarse con Clara.... dejemos en las manos de Dios el hilo del destino de esos dos jóvenes: pero V. y yo roguemos por que los una.... porque cuando yo se lo afirmo, puede estar segura de que Clara sería muy dichosa.

Entonces si que se curará Clara de la terrible herida de su amor propio ofendido: entonces la veremos revivir como una flor que han llevado á la sombra durante corto tiempo, y que vuelve á ser iluminada por un ardiente y benéfico rayo de sol: creo que el hombre de que hablo es pobre, aunque ha sido muy rico en otro tiempo: ¿pero qué importa eso? Las gracias estenderán sus mágicos velos sobre la morada de esos dos jóvenes esposos, y harán de su albergue el templo de la elegancia y de la distinción; ¿acaso es preciso que sea rica una mujer para que sea distinguida, y sobre todo, para que sea feliz?

Preciso será que yo guarde mi secreto por algunos días, y que hablemos de otras cosas: debo decir á V., mi amada amiga, que á quien complace profundamente es á la Mariscala. ¡Pobre madre! idólatra del honor de sus hijos, ve aquel arrastrado por el suelo y se vé desobedecida por su rebelde primogénito! Porque es indudable que ese niño obcecado se casará, sin el consentimiento de su madre, dándole ese rudo golpe.

Pero tal vez sucederá con la Mariscala lo que acontece con otros caracteres exaltados: llorará mucho y estará muy irritada en tanto conserve alguna esperanza de disuadir á su hijo de tan loco propósito: pero así que le vea casado, se consolará, por no tener otro remedio.

Sufren mucho mas las personas dotadas de un carácter silencioso y concentrado: estas se nos muestran muchas veces con la sonrisa en los labios, en tanto que el dolor les traspasa el alma: aquellas exhalan en gemidos toda su aflicción, y poco, muy poco es lo que les queda oculto en el pecho.

Ahora, mi querida señora, quiero hablarle algo acerca de nuestra suave y dulce Méliida: veo con júbilo que está V. casi decidida á consentir en su enlace con el enamorado Juan Bautista: ¡oh, cuán bien hace V., prudente y tierna madre, en no esponer á las sacudidas del huracán

á esa tierna y pura flor! Cuán prudente es preservarla de las borrascas de la vida! Méliida será dichosa en ese pacífico valle y en el modesto asilo de una ciudad de provincia: sin ser precisamente una campesina, vivirá en medio de la naturaleza, entre las flores, y en la apacible soledad de los campos: menos necesita ella que su hermana para ser completamente feliz: la una es la modesta violeta que puede vivir entre el musgo: la otra es la bella y altiva rosa, que necesita brillar por encima del follage del jardín.

Méliida será y hará feliz á su esposo cualquiera que este sea: si Juan Bautista fuera un rústico, ella sería capaz de convertirle en un gran señor: si fuera perverso, ella sabría volverle bueno: es una de esas criaturas maravillosamente dotadas, que embellecen cuanto tocan, ó se les aproxima: es uno de esos ángeles que Dios envía muy de tarde en tarde á la tierra, para que nivelen las maldades, de que la llenan los hombres, con sus virtudes y su bondad.

Hasta la índole áspera de la alcaldesa se ha de dulcificar al lado de Méliida: es difícil, es imposible resistir al encanto de su gracia, de su talento, de su sensibilidad.

Vivirá dichosa en una pequeña casita, entre sus flores y sus palomas, y la salud volverá á esmaltar de un lindo color de rosa su gracioso rostro.

Si, señora Condesa: á la una la llama el mundo, el gran mundo: á la otra la reclama la apacible vida del campo: pero yo no sé qué oculta voz me dice que las dos han de ser felices: entonces V. lo será también y para siempre, pues ya estará tranquila acerca del porvenir de sus hijas.

Hemos de ver cómo Clara es educada por su esposo: y cómo Méliida educa á su marido.

Hemos de ver á la mayor, obedeciendo, no á la fuerza, sino á la potestad irresistible del amor.

A la menor, dominando con el dulce ascendiente de la bondad, de la ternura y de las gracias.

Son dos criaturas privilegiadas cuya carrera en el mundo no puede ser vulgar: cada una brillará en su esfera, y será distinguida en el círculo de su vida.

Solo hay entre los personajes del cuadro que tengo incesantemente á la vista una criatura que veremos verdaderamente infeliz.

¡Valentina!

¿Y será posible que los autores de sus días consientan en que se case con el marqués contra la voluntad de sus padres?

Pero ¡ay! porqué hago esta pregunta! Para los pobres viejos el engrandecimiento material de su hija será la suprema ventura!

Adios, señora y amiga mia; le ruego que permanezca en el castillo de Montemar algunos

días mas, y tal vez en ellos se decida la suerte de Clara; suya de corazón.

HONORIA.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

## EL INVIERNO.

### FRAGMENTO DE UNA LEYENDA.

Pasó el verano: con su niebla umbría  
El invierno se acerca presuroso,  
Ahuyentando del campo la alegría  
Al embate del ábrego furioso:  
Perdida ya la pompa y lozanía  
Contéplase del álamo frondoso,  
Y tórnase el arroyo transparente  
En cenagoso y rápido torrente.

Ya no se escuchan por la fértil vega  
Del viñador los plácidos cantares;  
Ni el alegre murmullo de la siega,  
Ni la alondra trinar en los palmares:  
Ya el rumor no se siente con que juega  
El aura entre los olmos seculares;  
Solo triste, cual fúnebre lamento,  
Oyese el silbo de huracan violento.

A su empuje tremendo y poderoso  
Las copas de los pinos sacudidas,  
En concierto sublime y misterioso  
Parece que responden conmovidas:  
Las nubes en tropel impetuoso  
Acrecen en el éter suspendidas,  
Cubriendo en breve con su denso velo  
El puro azul del dilatado cielo.

Y ora en airoso pabellon flotante  
Bellas se estienden por la escelsa cumbre,  
Ya cual las olas del soberbio Atlante  
Avanzan en confusa muchedumbre;  
O ya cual fiero ejército pujante  
Luchando van, y con sulfúrea lumbre  
Las hiende el rayo y por su oculto seno  
Ronco retumba rebramando el trueno.

Cuadro de inmensa magestad sublime  
Que ví siempre de asombro enagenado,  
Y que terror al corazón imprime  
Del hombre que á su Dios tiene olvidado:  
Tal vez el mundo, que doliente gime  
En fratricidas luchas empeñado,  
A tan tremenda aparición sombría  
Cesa un momento en su discordia impía.

Tu eres; oh, Invierno! la estación que ofrece  
Al corazón mas hondas impresiones,  
Y en tí mira anhelante el que padece  
La imagen de sus muertas ilusiones:  
Cuando el sol á tu influjo se oscurece  
Y rugen los temibles aquilones,  
Con nuevo afán, en desusado vuelo  
Elévase mi espíritu hasta el cielo.

Si; que en las graves horas de amargura  
Allí buscando amor y nueva vida,  
Y olvidando, feliz, la tierra impura  
Sueña quizá con su mansión querida:  
Tal vez de Dios la imagen se figura  
Por arcángeles bellos sostenida;  
Tal vez allí de inspiración ardiente  
Halla la pura y misteriosa fuente.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

## DEBERES DE LA MUJER.

(Continuación).

—Continúa la moral del cuento.—De cómo la mujer no sabe serlo.—La reflexión y el bello sexo no se conocen.—Varietas clases de mujeres.—Consecuencia.—Dos preguntas y dos respuestas.

A riesgo de ser tachado de regañón por alguna de sus lectoras, el autor se vé en la dura necesidad de continuar el *sermoneo* comenzado en el anterior artículo. Al principiar este libro, dijo que á la mujer no se le habia enseñado á ser mujer, y ahora se presenta una buena ocasión de corroborar y amplificar aquella idea.

Personifiquemos al sexo en Carolina.

Si esta buena *muchacha* hubiera cumplido al pié de la letra los deseos de su amante; si..... ¿pero á qué repetir lo que ya se ha dicho? Alfredo, mordiéndose los labios, mirando al cielo y al suelo, meneando con rapidez el pié izquierdo y haciéndose aire con el sombrero, dice mas que todos los libros habidos y por haber. Cree, y no cree del todo mal, que *está en berlina*, y le parece que esto es incómodo.

Pero Alfredo debe consolarse; si yo fuera amigo suyo, le diria: «Oyes, Carolina ha perdido mas que tú esta vez; no puedes quejarte de la sociedad; tu amada sufriria doblemente que tú sufres, si reflexionara un poco.»

Y se lo probaria del siguiente modo.

La mujer es el blanco del mundo. La menor cosa, el incidente mas pequeño é insignificante de su vida, es, á los ojos de la sociedad, una falta, mientras que el hombre hace y deshace segun le parece, y *todo le está bien*, como diria la ve-

cina demarras. Esto, á pesar del pecado de Eva, no deja de ser un poco duro, pero, en lenguaje científico político, podríamos decir que es *un hecho*, y que el mal ya no tiene remedio. A bien que la mujer, generalmente, se encoge de hombros, y en este movimiento tan pequeño ¿quién lo diría? consiste su desgracia.

Desde niña oye hablar á cuantas personas la rodean, de lo pícaras que son las mujeres, según opinion de los hombres; cuando es mujer, le dicen en sus barbas, (suponiendo que las tenga) que el sexo á que pertenece es maligno y engañoso por naturaleza. Y como casi todas las invectivas que el sexo feo le dirige, suelen ir acompañadas del epígrama que hace reír, ó del chiste que mueve á risa, la mujer se ríe y nada le importa lo que de su sexo dicen los detractores. Además, ella no puede borrar por sí sola y de una vez para siempre, la mala opinion que de ella se tiene. Además, ella no tiene derecho para ofenderse y defenderse por sí sola, supuesto que las diatribas se dirigen al sexo en general. Además, *en no haciendo cosas feas*, (frase típica) lo demás *nada tiene de particular*, (frase obligada para salir de apuros.)

Ahora bien; si desde niña la hubieran dicho, «tú eres como la frágil caña, que al menor embate del viento se quiebra y cae, vive prevenida;» si la hubieran dicho esto, hubiera entrado en el mundo apercibida á la lucha, y hubiera resistido con maña el viento de la adulación, con valor el viento de la calumnia, con heroísmo el viento del engaño y de la mentira. No de otra manera la endeble, aislada caña, se alza orgullosa en medio del fragor de deshechas tempestades.

Pero nada de esto sabe, en nada de esto se ha detenido á pensar, le interesaban mas sus cintas y sus lazos, sus sonrisas y su idioma *sui generis*, armas poderosas, según se dice por todas partes, para vencer al enemigo comun, al hombre. Es soldado, y no sabe ser soldado. Es mujer y no sabe ser mujer. Esto era lo que intentaba probarse, y solo falta un corolario.

Las componentes del sexo bello, que para mayor propiedad llamaremos en adelante *sexo débil*, no se verían en el triste caso de ser... insultadas, fuerza es escribirlo, si poseyeran una cualidad de que, hablando en general, carecen.

Es un axioma que la mujer casi nunca reflexiona. Se le ocurre una idea; no se detiene á pensar en que la idea puede ser buena ó mala, perjudicial ó no perjudicial... y la pone en práctica. Ahí tienen ustedes á la mujer caprichosa.

Se le ocurre desesperarse: no se detiene á pensar que la mujer, como ciertos héroes de novelas, debe ser á veces *pobre, pero honrada*, mártir, pero no pecadora, y se lanza en la vida *nonc santa*, renegando de su virtud pa-

sada. Ahí tienen ustedes á la mujer débil, á la que llamamos *una mujer perdida*.

Sucede en derredor suyo algo que no comprende, y sin reflexionar en las causas que han podido motivar el efecto, si el efecto mismo le desagrada, es implacable, murmuradora, irascible. Ahí tienen ustedes á la mujer impremeditada.

Se la antoja ser celosa, y sin detenerse á reflexionar si tendrá ó no razon para culpar de infidelidad al objeto amado, le envía lejos de sí con doscientas legiones de demonios, y causa la desgracia de un hombre. Ahí tienen ustedes á la mujer intratable.

Posee en su alma gran cantidad de pasiones, amor para diez ó doce, ó veinte individuos del sexo feo. No se le ocurre pensar que amándolos á todos á la vez, no podrá ser amada de ninguno, y que las gentes la señalarán con el dedo. Ahí tienen ustedes á la mujer coqueta.

No le gusta la lectura, y le agrada el paseo, no le agrada lo profundo, y le gusta lo superficial. No piensa que esto puede desagradar á los que la rodean, y hace alarde de sus cualidades delante de todo el mundo. Ahí tienen ustedes á la mujer frívola.

Falta á sus deberes de esposa, creyendo que nadie lo sabe, y á poco que reflexionara, observaría que las faltas de una mujer tarde ó temprano llegan siempre á descubrirse. Ahí tienen ustedes á la mujer despreciable.

Con un poco de reflexion, no hay que dudarlo, hubiera evitado en todos los tiempos y en todos los paises, que su eterno detractor, el hombre, la hubiera llamado despreciable, frívola coqueta, intratable, impremeditada, débil, frágil y caprichosa. Tendría hoy una dignidad que no tiene, un buen nombre que muchos le niegan.

Una observacion falta que hacer para concluir este artículo. Se ha hablado mucho del talento de la mujer, y es lo cierto que hay muchas mujeres que no lo tienen. No es esta culpa suya. El que formó á la hembra de una costilla del varon, no quiso sin duda concederle tanta sabiduría como al hombre para quien la destinaba, y á fé que hizo muy bien, con perdon de ustedes.

Adivino dos preguntas que van á hacerme mis lectoras.

¿No hay muchas mujeres de talento? me preguntarán.

Lo único que puedo decir es que conozco á algunas.

¿Luego usted,—añadirán—niega, en general que tengan talento las mujeres?

Hablaremos de eso en el próximo número.

EUSEBIO BLASCO.

## HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion).

—Calla, que no se entere Badó, repuso la anciana y apretó el paso.

Poco habrían avanzado cuando al doblar la cuesta de San Pedro para entrar en el sitio que llaman el *Rocá* descubrieron de pronto un desconocido. Estaba este sentado en una peña teniendo en la mano una cartera abierta en la que escribía con lápiz; su sombrero de anchas alas estaba en aquel momento echado hacia atrás y tenía á los pies un saquito de tela oscura y basta.

Al sentir pasos, derribó con el codo los pliegues de su capa que estaba recogida sobre las rodillas, cerró la cartera y echóse adelante el sombrero. Todo esto fué tan rápido que Salvador que bajaba distraído con sus pensamientos y Coloma con su miedo, nada notaron, hasta tocar casi con el extranjero; pero la señora Tuyas, tal era el nombre de la anciana, que venía prevenida por el descubrimiento de la mula y que marchaba entre los dos jóvenes, le descubrió antes que el ruido de los pasos le avisase de su presencia.

—Buenas tardes, dijo Salvador al pasar ante el desconocido que no se movió, contentándose con tocar ligeramente su sombrero.

El joven, al dejarle atrás, volvióse y aguardó á las dos mujeres que pasaron á su vez; la anciana con los ojos casi cerrados y los pliegues de su frente profundamente contraídos, la joven, trémula y presurosa como la gacela que presiente la proximidad del chacal.

Dejólas pasar el mancebo, y elevando la frente, tendió sus miradas por todos lados, como si esperase ver asomar nuevos personajes; mas las sombras del crepúsculo eran solamente las que comenzaban á flanquear las crestas de la montaña. Entonces apretó el paso y nivelóse con las dos mujeres.

Después de un largo rodeo durante el cual ninguno de los tres profirió palabra, llegaron á la capilla de San Salvador.

Al entrar en ella la señora Gertrudis, á quien llamaremos como en el pueblo la señora Tuyas, ó la maestra, sintióse vivamente contrariada. Rechazó, diciendo que ayunaba, los anises que para beber le ofreció la mujer que cuidaba de la capilla y la fuente que en ella había, y esclamó al verla sola:

—Ya pensé que llegaríamos tarde y que Eulalia se cansaría de esperar.

Una sonrisa de satisfacción dibujóse en los

lábios del joven, y al ver á su madre que llena de enojo apretaba el paso, acercóse y le ofreció la mano para atravesar la larga fila de desiguales piedras que constituía en aquel sitio el puente del río.

Rechazóle la maestra y pasó adelante. Salvador entonces se acercó á la joven que aceptó su apoyo con mal reprimido contento.

Apenas tocaron entrambos jóvenes la opuesta margen, la señora Tuyas que se había vuelto hácia ellos y que los observaba con mirada de ira, sacó de su faltriquera una enorme llave y dándosela á Coloma le mandó que se adelantase y abriera la casa.

Obedeció la joven, y arrastrando tras de sí la rama que había tomado de manos de Salvador para aventar los mosquitos que la frescura del agua y la arboleda hacían allí llenar la atmósfera, dirigióse hácia la villa.

Apenas quedaron solos la maestra y su hijo, murmuró la primera con bastante mal humor:

—Como que te alegras de que no hayamos encontrado á Eulalia!

—¡Yo! repuso el joven, me ha sido del todo indiferente.

—Y tanto como lo estás siempre con ella, sin comprender que ese casamiento sería tu fortuna.

—Pero, madre, si es imposible.

—¿Por qué?

—Por un sin fin de inconvenientes. Tiene cuatro años mas que yo y un hijo á quien adora, y ya sabéis que deseo ser solo: si alguna vez me caso, quiero que mi mujer no ame sino á mí y cuando haya de partir su cariño que sea con los hijos de ambos.

—Vaya una excusa necia; despreciar por eso un patrimonio como el que te brinda esa boda.

—Poco á poco, madre; el patrimonio es de su hijo.

—A quien ella heredará; ignoras que por no ser del país lo dispuso de ese modo su difunto marido: el niño puede morir mañana, que nadie tiene asegurada la vida, y mucho menos un chiquillo tan travieso que se hubiera ahogado, á no ser por tí que le sacastes, en la acequia del molino. Créeme, Badó, cástate con la madre, que es joven, guapa y te quiere, y serás el amo de cuanto posea.

—Madre, esta conversacion me disgusta; si no tuviera hijo, acaso lo pensaria; pero ahora, Dios me libre.

—¡Y piensas que no conozco el motivo de tu oposicion! Coloma te ha levantado de cascos, y con ella no ha de ser.

—Dios es testigo que ni una palabra contraria á vuestros deseos he dirigido á esa inocente, aunque, á decir verdad, no me opondría á complaceros si la hubiéseis elegido en vez de Eulalia.

—¡Yo! ¡A Coloma! Pues ya hacia buen negocio!

—¿Por qué?

—Porque es pobre como una rata.

—Como si nosotros fuésemos ricos.

—No quiero nuera sin dote.

—Tampoco le tuvisteis vos y no os hizo falta para hacer muy feliz á mi padre.

—Los tiempos eran otros, y yo no necesité dispensa; pues no faltaba otra cosa, despues de haberla criado como á una hija, que pretenda la tonta....

—Madre, si soy yo el que pretende; además, si la habeis educado y la teneis cual hija, en cambio dá mas que recibe.

—Mucho; parece que ignoras el refran: «¿Quién te hizo rico? Quien te mantuvo el pico.» Nosotros somos pobres, muy pobres, la tienda no dá nada.

—Dejádmela mejorar y vereis si adelantamos, dejadme gastar algo para ello.

—Cásate con Eulalia y serás rico y podrás disponer; yo no estoy para derroches.

—¡Pero, madre!

—Basta, he dicho que nó y mil veces nó.

—Por Dios, madre, que viene gente, disimulemos, dijo el jóven, y guardando silencio siguió al lado de la maestra que continuó murmurando entre dientes de la tenacidad de su hijo, de la pobreza de Coloma, y de que ya buscaría medio de quitarla de casa para acabar cuestiones.

(Se continuará).

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

## LA TORRE DE LOS RATONES.

LEYENDA ALEMANA.

Los que han visitado alguna vez el Rhin, recuerdan siempre con admiracion la hermosura de este rio y sus márgenes risueñas. Adórnalas pintorescas ciudades, y entre ellas Maguncia es una de las mas notables. Esta ciudad, que no hace mucho tiempo se encontraba en los límites de Francia, pertenece hoy á la Alemania y opone á las tentativas que los franceses pudieran hacer para reconquistarla, una poderosa fortaleza, cuyos altos torreones, puentes levadizos, anchos fosos, pilas de balas y cañones de grueso calibre, presentan un aspecto formidable.

Por la noche se leván los puentes y se atan con fuertes cadenas, impidiendo de este modo á Francia la entrada en la fortaleza.

Los que se presentan como amigos, prévias las formalidades de costumbre, se sirven para entrar de una seña que conoce el centinela.

Si es un vi ajero, toca el postillon su trompa de caza, signo característico del postillon alemán, y su sonido, como por un efecto mágico, hace caer las pesadas cadenas que sostienen el puente levadizo. Giran entonces lentamente sobre sus goznes las pesadas puertas de hierro, y se pasa bajo el imponente rastrillo. El postillon atraviesa la ciudadela tocando un aire guerrero.

Preciso es haber experimentado el romántico efecto de esta escena para comprender todo su encanto. Allí se encuentra, como en accion, lo que nadie creeria poder hallar sinó en las leyendas de la edad media.

Subiendo el Rhin, véne además ruinas de castillos ú otros monumentos piadosos ó profanos, cuya historia conservan tradicionalmente aquellos habitantes.

Una de estas leyendas se refiere á la antigua torre, situada en medio del rio, á alguna distancia de Maguncia. Oigámosla en boca de la vieja Ulrika, instruyendo á su sobrino Gotsfried.

—Madre, le dijo éste un dia, ¿qué torre es aquella que se levanta en medio de nuestro hermoso rio, y que todos los extranjeros miran con tanta curiosidad?

—Hijo, voy á contarte la historia de esa torre, le respondió Ulrika; voy á decirte por qué fué construida y quién era el hombre perverso que desde sus altos muros se precipitó al rio.

Y al decir esto, la buena Ulrika fué á sentarse con su sobrino en una almena, fragmento de otras ruinas, y allí, frente á la negra torre, empezó su narracion de esta manera:

«Hijo mio, hace muchos siglos que nuestra hermosa ciudad de Maguncia tenia por señor á un hombre cruel, que cifraba toda su dicha en atormentar á sus vasallos. Agobiábalos con tributos; recargábalos de trabajo, y ni aun podian libertarse de su furor los desgraciados á quienes la debilidad ó la miseria hacian imposible sobrellevar semejante esclavitud. Este hombre bárbaro tenia amontonadas grandes riquezas, que consistian, la mayor parte, en granos; pero no habia sabido adquirir el tesoro mas precioso de los príncipes: el amor de sus súbditos: lejos de eso, les inspiraba terror y aborrecimiento.

»Perdióse un año la cosecha, y el hambre se apoderó de Maguncia. Sus pobres habitantes se dirigieron en tropel al palacio de su señor, suplicándole que tuviese piedad de su miseria y les abriese sus inmensos graneros. Pero todo fué en

vano: su príncipe les negó el pan que Dios dá tan liberalmente al hombre. ¡La vista de sus vasallos, espirando de hambre, no llegó á comover su endurecido corazón!

»Muchos días consecutivos fueron nuestros desgraciados mayores á echarse á sus pies; pero desesperados al ver que sus súplicas eran inútiles, se dirigieron á los graneros, destrozaron las puertas, y cuando iban á apoderarse de los granos que allí estaban encerrados, su feróz señor prendió fuego con su propia mano á los almacenes donde aquellos habian penetrado. Los clamores de las víctimas, lejos de comoverle, regocijaban su corazón y aquel verdugo decia con infernal sonrisa á los grandes que le rodeaban: «Escuchad mis ratones. ¡Cómo chillan!»

»Cuando volvió á su palacio, los gritos de aquellos infelices, que perecian entre las llamas, empezaron á atormentarle; ya no pudo acallar la voz de su conciencia, antes adormecida por sus crímenes. Pero no se arrepintió, y pronto recibió en la tierra el castigo que habia merecido. La leyenda lo pinta de una manera terrible.

»De repente fué invadido su palacio por una multitud inmensa de ratones que le perseguian de habitacion en habitacion para devorarle; y no pudiendo libertarse de ellos, hizo construir apresuradamente esa negra torre, y se refugió en ella, esperando librarse así de tan cruel azote.

»Pero allí, como en todas partes, los ratones continuaban persiguiéndole, y presa de los remordimientos de su conciencia, agobiado con el peso de tan enorme crimen, no pudo libertarse de aquellos animales sinó precipitándose al río.»

—Ah! madre mia, exclamó Gotsfried, volviendo la cabeza y ocultándola entre las rodillas de Ulrika para no ver la torre, ¡los ratones! ¡los ratones! tápame bien.

—¡Pobre niño! le dijo Ulrika, tú no ves en mi narracion mas que los ratones, pero algun día podrás sacar de ella una leccion moral. Desgraciado aquel á quien las leyendas solo recuerdan una fábula ridícula. ¡Desgraciado aquel para quien las ruinas no son sino piedras cubiertas de antiguo musgo! Las leyendas respiran las costumbres de los pueblos; en las frias piedras encontrarás una historia viva de ellos; removiéndolos sus escombros, comprenderás las leyendas. Muchas veces te sentirás conmovido al contemplar las huellas de barbarie de los pueblos en su infancia; pero su triste estado te hará indulgente; y cuando algunas ruinas te recuerden la grande, la imponente figura del cristianismo, levantándose como una antorcha del seno de las profundas tinieblas que rodean la cuna de las naciones modernas, apreciarás la religion de Jesucristo en su justo valor, y bendecirás á este

por haber descendido del cielo para salvar á los hombres y arrancarlos al poder de la barbarie!

(Traduccion.)

FAUSTINO MENDEZ CABEZOLA.

## MODAS.

El invierno ha llegado acompañado de lluvias, de frio viento y de la tristeza que traen los temporales como un fúnebre cortejo.

Cada una de las damas mas elegantes y distinguidas, se retira á su gabinete, se rodea de dibujos para bordar, de buenos libros, y de algunos amigos verdaderos, y se resigna á pasar los días y las noches en su casa, haciendo lo posible para que el tiempo transcurra agradablemente.

En cada lindo y perfumado gabinete, un pequeño velador sostiene el servicio del té: el bordado y el libro ocupan el lugar mas visible: el piano, ese amigo de la familia, ese dulce consolador de los sinsabores domésticos, se muestra abierto, brindando siempre su grata armonia, como el árbol bienhechor muestra al alcance de la mano sus ramas cargadas de dorado fruto.

No hay estacion mala ni triste para la mujer inteligente, elegante y distinguida, que todo lo sabe embellecer, y de todo sabe sacar partido.

Permitidnos, lectoras mias, que os aconsejemos una linda *toilette* de casa, muy sencilla y de muy módico precio,

Se reduce á un vestido de droguet azul Méjico, con pequeñas nesgas en los paños, de un azul mas oscuro ó del llamado turquí: estas nesgas se rodean de un entredos de guipure negro, y todo el espacio que ocupan se llena de un trenzado, formando cruces, de terciopelo negro tambien y bastante estrecho.

El cuerpo es una casaca con faldones bastante largos por detrás: en los costados, se unen á los delanteros que tienen la forma de chaleco-chupa, con bolsillos y abrochado de arriba abajo con botones cuadrados.

En cada faldon, hay una nesga semejante á las de la falda, y otra en cada delantero.

Este traje se completa con una *parure* (cuello y mangas) de batista bordada á punto ruso, y muy ligeramente con algodón inglés azul.

Para trajes de visita, estarán muy en favor todo el presente invierno las pasamanerías de Venecia, las imitaciones perladas de azabache, los flecos de seda torzal y la franja llamada *bolero*,

que se compone de gruesos madroños con un pie de pasamanería.

El raso, con el moiré antiguo, azul, gris oscuro, madera y verde trigo, serán las telas mas adoptadas por las verdaderas elegantes: hay tambien ricos moirés de fondo verde muy claro con listas malva y blancas, que se guarnecen para sociedad con cintas malva y encajes blancos.

Respecto á sombreros, enviaremos á nuestras amables lectoras á casa de Mme. Grenet, Puerta del Sol, núm. 14, donde hallarán algunos modelos preciosos.

Citaremos entre ellos uno de castor blanco, adornado de cintas de terciopelo dorado, con un ramo de narcisos blancos escarchados sobre la copa, y enriquecido además con un fleco de bellotitas de aljófar, imitando perlas.

Otro de terciopelo morado, con una rama de volúbilis y cabos blancos.

Otro de castor blanco, con cinta verde de tres tonos.

Para niñas, el sombrero *Rúbens*, con el ala levantada en los costados, y larga pluma sujeta con una hebilla de azabache.

Otro llamado *Maria Rosa*, que forma detrás y delante una pequeña punta.

Otro denominado *cazador*, de felpa, forrado de raso y adornado de tulipanes, de pluma, negros con el cáliz encarnado.

El *Trouville*, que es muy parecido á un calañés.

Se hallan además en dicha casa muy lindos modelos de la *vesta figarina* en paño de diferentes colores, y el *chal preservativo*, que es de terciopelo y se usa con los trajes escotados.

Os dejamos por hoy, queridas lectoras, aconsejándoos el uso de los lindos tarjeteros nuevos que acaban de llegar de París, y que hallareis de muestra en los principales almacenes de modas: son de la forma de una caja y de maderas preciosas.

PAMELA.

#### ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Número 1. Falda para niño para bordar en aplicacion sobre nanzouk y tul de Bruselas, con barritas á feston en las hojas y en las flores de lis.

Núm. 2. Cuello de señora para bordar á feston y plumetis sobre muselina. Tambien se pue-

de bordar la rosa que está en los medallones en aplicacion sobre tul.

Núm. 3. Puño correspondiente á dicho cuello.

Núm. 4. Pañuelo, á plumetis, con escudo y cifra.

Núm. 5. Otro pañuelo, á feston y plumetis, con una pequeña orladura por arriba y abajo del dibujo. Escudo correspondiente y cifra.

Núm. 6. Parte superior de una babucha para señora con terciopelitos negros rodeados de un soutache de oro. La rama de coral se hace en soutache de seda cereza sobre fondo de batista cruda.

Núm. 7. Lado de la babucha.

Núm. 8. Tira de un gorro griego para bordar al pasado sobre terciopelo negro.

Núm. 9. Redondel del gorro.

Núm. 10. Entredos para enaguas para bordar sobre percal: soutache, feston y cuadros de guipure.

Núm. 11. Entredos para enaguas con dos órdenes de grecas, bordado inglés.

Núm. 12. Entredos para garibaldina, camisola, etc., bordado inglés.

Núm. 13. Entredos para el mismo uso, bordado inglés.

Núm. 14. Tira de feston para camisola.

Núm. 15. Id. para camisa, bordado inglés.

Núm. 16. L. M. para pañuelos de batista, á plumetis.

Núm. 17. L. B. para id., á plumetis y punto de armas.

Núm. 18. A. S. para almohada de batista, á plumetis, punto de armas y calados de Alenzon.

Núm. 19. A. A. V. letras Francisco I superadas por una corona de marqués para mantelería.

Núm. 20. A. S. enlazadas, superadas de una corona: para bordar á feston y plumetis.

Núm. 21. T. C. para pañuelo de batista, á plumetis.

Núm. 22. Catherine: á plumetis.

Núm. 23. Cécile: idem.

Núm. 24. Valéri: á bodóquitos y plumetis.

Núm. 25. Suzanne: gótico: á plumetis.

Núm. 26. Victoire, idem, idem.

Núm. 27. Clothilde: á plumetis.

Núm. 28. Valentine: idem.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. española, Torija, 14.